

—Los diplomáticos son como los demás hombres. Son muchos los que cultivan artes de adorno.

Clorinda había tocado ligeramente con el pie al joven Pozzo, dándole al propio tiempo una orden á media voz. Levantóse y puso la guitarra sobre un montón de ropas; y cuando volvió al cabo de cinco minutos, venía seguido por Antonia, quien traía una bandeja con vasos y una botella; él llegaba con un azucarero, que no había cabido en la bandeja. En casa de la joven nunca se bebía sino agua azucarada; y hasta puede decirse que los íntimos de la casa le causaban un verdadero placer cuando sólo tomaban agua pura y cristalina.

—¿Y bien, ¿qué es lo que pasa?—dijo volviéndose hacia el cuarto tocador, en donde chirriaba una puerta.

Y luego, como haciendo memoria, exclamó:

—¡Ah! es mamá... Estaba acostada.

Era, en efecto, la condesa Balbi, envuelta en una bata de lana negra; habíase puesto á la cabeza una toquilla de encaje, cuyas puntas se le anudaban al cuello, Flaminio, el gran lacayo de luenga barba, con cara de bandido, la sostenía por detrás y la llevaba casi en volandas. Cualquiera diría que por ella no habían pasado años; su blanco rostro no había perdido su continua sonrisa de antigua reina de la belleza.

—Espera, mamá—dijo Clorinda.—Voy á darte mi confidente. Yo me tenderé en la cama... No me siento nada bien. Se me ha metido un bicho aquí dentro y otra vez se pone á mordermé.

Hubo, como podría decirse, una mudanza de casa. Pozzo y madama Correur condujeron á la joven á su lecho, mas fué preciso quitar el cubrecamas y esponjar las almohadas. En este intervalo la con-

desa Balbi se tendió sobre el confidente. Tras de ella, Flaminio, se quedó en pie, mudo, sombrío, como cubriendo con abominable mirada á cuantas personas se encontraban presentes.

—¿No les importará á ustedes nada que me acueste, eh?—repetía la joven.—Me siento mucho mejor tendida... Pero esto no es despedirles. Tienen ustedes que quedarse.

Habíase tendido á la larga, con el codo hundido en la almohada, y extendiendo su negra blusa, cuya amplitud se destacaba sobre la blanca colcha como una charca de tinta. Por lo demás, nadie pensaba en ausentarse. Madama Correur hablaba en voz queda con Pozzo de la perfección de formas de Clorinda, á la que acababan de llevar en peso. El señor Kahn, el señor Béjuin y el coronel saludaban galantemente á la condesa, la que se inclinaba sonriendo. Después, sin tomarse la molestia de volverse, decía, de vez en cuando, con voz dulcísima:

—¡Flaminio!

El gran lacayo, comprendía, alzaba un cogín, acercaba un taburete y sacaba del bolsillo un pomo de esencias, con su feroz aspecto de salteador de frac negro.

En aquel instante Augusto hizo una desgracia. Había andado de acá para allá en las tres habitaciones, deteniéndose en revolver todas las ropas de mujer de que los muebles estaban sembrados. Y luego, como comenzase á aburrirse, le dió por beberse vaso tras vaso de agua con azúcar. Clorinda le vigilaba rato hacía, viéndole vaciar el azucarero, cuando hé aquí que el mancebo rompió el vaso, en al que daba recios golpes con la cuchara.

—¡Es el azúcar! ¡se pone demasiado!—dijo Clorinda.

—¡Imbécil!—exclamó el coronel.—¿No puedes beber agua con toda calma?... Por la mañana y por la noche hay que echarse al colete un gran vaso. No hay cosa mejor, pues preserva de todas las enfermedades.

Por fortuna entró el señor Bouchard. Llegaba un poco tarde, á las diez dadas, pues había comido fuera de casa. Sorprendióle mucho no ver allí á su cara mitad.

—El señor d'Escorailles se había encargado de acompañarla—dijo—y yo había quedado en recogerla al pasar. •

En efecto, al cabo de media hora, la señora de Bouchard llegó, acompañada del señor d'Escorailles y del señor de la Rouquette. Después de haber estado de monos un año, el joven marqués había ajustado las paces con la linda rubia, y ahora ya sus amorios obedecían á la costumbre; reuníanse cosa de ocho días, y no podían por menos de pellizcarse y hociquearse detrás de las puertas, siempre que se encontraban.

Como venían á casa de los Delestang en coche descubierto, se habían encontrado con el señor La Rouquette. Y los tres se habían ido al Bosque, riendo á carcajadas y descolgándose con bromas que harían sonrojar á un guardacantón. Hasta hubo un instante en que el señor d'Escorailles creyó encontrar la mano del diputado estrechando el tallo de la señora de Bouchard. Cuando entraron en casa de Clorinda, traían consigo como una oleada de alegría, la frescura de las obscuras avenidas del Bosque, el misterio de las adormecidas hojas, en donde

se ahogaba la tunantería de sus carcajadas.

—Sí, venimos del lago—dijo el señor La Rouquette.—Me han seducido, palabra de honor... Yo regresaba muy tranquilo para dedicarme á trabajar.

De repente se puso serio. Durante la última sesión había pronunciado un discurso en la Cámara, después de un interminable mes de calentarse los cascotes con estudios especiales; y desde entonces echábalas de hombre formal, como si hubiese enterrado su vida de soltero en la tribuna. Kahn se lo llevó á un rincón de la estancia, diciendo por lo bajo:

—A propósito, usted está en buen predicamento con Marsy...

Sus voces no se oyeron, pues hablaban en voz muy queda: Entretanto, la linda señora de Bouchard, que había saludado á la condesa, habíase sentado delante de la cama, estrechando en su mano la de Clorinda y compadeciéndola mucho con su aflautada voz. El señor Bouchard, en pie, digno y correcto, exclamó de súbito, en medio de las comprimidas conversaciones:

—¿No les he contado á ustedes? Es de lo que no hay aquel hombrón.

Y antes de explicarse, puso cual no digan dueñas á Rougón, como habían hecho los demás. Ya no se podía pedirle nada; ni siquiera era ya bien educado; para el señor Bouchard, la finura ante todo. Cuando se le preguntó qué era lo que Rougón le había hecho, acabó por contestar:

—Por lo que á mí toca, detesto las injusticias. Se trata de uno de los empleados de mi división, Jorge Duchesme; ustedes le conocen, por haberle visto en mi casa. Es un muchacho de gran mérito,

v le recibimos como si fuese nuestro hijo. Mi mujer le tiene en gran estimación, porque es de su tierra... Pues, desde hace poco, estamos conspirando de consuno para hacer nombrar subjefe á Duchesme. La idea salió de mi cabeza, pero tú la aprobaste, ¿no es así, Adela?

La señora Bouchard, con semblante de contrariedad, se inclinó aún más hacia Clorinda para evitar las miradas del señor d'Escorailles, que sentía fijarse sobre ella.

—Pues bien—prosiguió el jefe de división—¿no saben ustedes de qué manera el gran hombre ha acogido mi petición? Pues me ha mirado por un buen instante sin decir una palabra, con el semblante ofensivo que ustedes le conocen. Y en seguida, sin más ni más, me ha negado el nombramiento. Y como yo volviese á la carga, me dijo sonriendo: «Señor Bouchard, no insista usted, me causa usted un verdadero pesar; existen graves motivos...» Y fué imposible sacarle una palabra más. Bien debió de conocer que yo estaba hecho una furia, pues me rogó que le recordase á la buena memoria de mi digna consorte... ¿No es así, Adela?

La señora de Bouchard había tenido precisamente aquella tarde una empeñada discusión con el señor d'Escorailles, con respecto al tal Jorge Duchesme; así fué que creyó prudente decir en tono de mal humor:

—¡Oh! el señor Duchesme esperará... ¡No es tan interesante el asunto!

Pero el marido se obstinaba.

—No, no, tiene merecido el ser subjefe, y lo será. Antes perderé el nombre que tengo... Yo quiero siempre que reine la justicia.

Tuvieron que ver de tranquilizarle. Clorinda, distraída, trataba de oír la conversación que sostenían el señor Kahn y el señor La Rouquette, que se habían refugiado al pie del lecho. El primero explicaba su situación con palabras de doble sentido. Su grande empresa del ferrocarril de Niort á Angers se encontraba en plena bancarrota. Las acciones habían empezado por cotizarse con noventa francos de prima en la Bolsa antes de que se diese un solo azadonazo. Parapetado tras de su famosa compañía inglesa, el señor Kahn habíase entregado á las especulaciones más descaradas; y, en la hora presente, la quiebra iba á estallar, si alguna mano poderosa no le levantaba de su caída.

—Tiempo atrás—prosiguió en voz muy queda,—Marsy me había ofrecido vender el negocio á la compañía del Oeste. Estoy dispuestísimo á entrar en negociaciones. Bastaría con obtener una ley...

Clorinda los llamó discretamente con un ademán. E, inclinados sobre el lecho, hablaron largo y tendido con ella. Marsy no era rencoroso, y ella le hablaría. Ofreceríale el millonaje que pretendía el año precedente, para apoyar la demanda de concesión. Su situación de presidente del Cuerpo legislativo le permitía obtener con facilidad la ley necesaria.

—Vaya, hasta la presente no ha habido nadie como Marsy si se ha aspirado al buen éxito de esta clase de asuntos. Cuando se prescinde de él para implantar alguno, no se tarda en verse en la necesidad de llamarle para suplicarle que entre en componendas.

Ahora en la habitación hablaban todos á una y en alta voz. Madama Correur daba cuenta de su

último deseo, á la señora de Bouchard; reducíase á irse á morir á Coulonges, en la casa de su familia; y enternecíase al pensar en aquellos lugares en que había visto la luz primera; obligaría, quieras que no, á la señora de Martineau á que le devolviera aquella mansión, tan henchida con los recuerdos de su infancia.

Los invitados, fatalmente, volvían á despacharse á su gusto tocante á Rougón; el señor d'Escorailles refería el furor de su padre y de su madre los cuales habíanle escrito para que volviera al Consejo de Estado y para que rompiera con el ministro, al enterarse de sus abusos de autoridad; el coronel contaba á cuantos querían oírle que el gran hombre se había negado en redondo á pedir para él al emperador un destino en los palacios imperiales; hasta el propio señor Béjuin se lamentaba de que Su Majestad no se había dignado ir á visitar la fábrica de cristales de Saint-Florent, cuando su último viaje á Bourges, no obstante el compromiso formal adquirido por Rougón de que obtendría aquella gracia. Y, en medio de aquel furor de palabras, la condesa Balbi, recostada en su confidente, se sonreía, mirábase las manos todavía gordezuelas, y repetía con dulce acento:

—¡Flaminio!

El hórrido doméstico había sacado del bolsillo del chaleco una cajita de concha llena de pastillas de menta. La condesa las hacía crujir entre los dientes, con muecas de vieja gata golosa.

Media noche era por filo cuando Délestang se presentó. Al verle alzar la antepuerta del gabinete, reinó un profundo silencio y todos los cuellos se estiraron. Pero la antepuerta volvió á caer, y nadie

le siguió. Entonces, tras una nueva espera de algunos segundos, de todos lados partieron exclamaciones:

—¿Viene usted solo?

—¿No le trae usted?

—¿Ha perdido usted al gran hombre en el camino?

Sintiéronse todos como alijerados de un peso. Délestang protestaba y dejaba oír: ¡Permitan ustedes, permitan ustedes!—Por regla general, hacía como que defendía á Rougón. Cuando se le dejó hablar, dijo con mesurado acento:

—Es indudable que habría podido obrar mejor para con algunos de sus amigos; mas esto no quita que sea una gran inteligencia... En cuanto á mí, aseguro que le viviré eternamente agradecido.

—¿Agradecido de qué?

—Pues de todo lo que ha hecho...

Y le cortaron, quieras que no quieras, la palabra. Rougón en toda su vida había hecho nada por él. ¿De dónde sacaba que Rougón había hecho algo?

—¡Es usted de lo que no hay!—dijo el coronel.

—¡No se lleva la modestia hasta tal punto!... Amigo querido, usted no necesita á nadie. ¡Vive Dios! Usted ha subido por sus propias fuerzas.

Entonces se pusieron en las nubes los méritos de Délestang. Su granja modelo de la Chamade era una creación que se apartaba de lo vulgar, y que revelaba en él, desde mucho tiempo hacía, aptitudes de un buen administrador y de hombre de Estado admirablemente favorecido. Tenía el gran golpe de vista, inteligencia clarísima y enérgica mano sin dureza. Por otra parte, ¿no le había distinguido el emperador desde el primer día? Su criterio era casi siempre el mismo de Su Majestad.

—¡Quítese usted allá!—acabó por declarar el señor Kahn.—Usted es quien sostiene á Rougón. Si usted no fuese su amigo, si no le apoyase en el consejo, hace cuando menos quince días que se encontraría derrocado.

Sin embargo, Delestang continuaba protestando. El, en verdad, no era ningún cualquiera; mas había que hacer justicia á las buenas dotes de todo el mundo. Sin ir más lejos, aquella noche, en casa del guarda-sellos, en una cuestión de viabilidad complicadísima, Rougón acababa de demostrar una lucidez de cálculo extraordinaria.

—¡Oh! ardidés de leguleyo artificioso—masculló el señor La Rouquette en tono desdefioso.

Clorinda no había vuelto aún á abrir los labios. Las miradas se dirigían á ella, solicitando la palabra que esperaban todos. Movía suavemente la cabeza sobre la almohada, como para rascarse el codo. Por último, hablando de su marido, dijo sin mencionarle:

—Sí, riñanle ustedes. Será menester pegarle el día en que se le quiera colocar en el lugar que le corresponde.

—El cargo de ministro de Agricultura y Comercio es muy secundario—hizo observar el señor Kahn á fin de precipitar las cosas.

Aquello era poner el dedo en la llaga. Clorinda padecía al ver á su marido encerrado en lo que ella llamaba «un pequeño ministerio». Incorporóse bruscamente en la cama, dejando escapar lo que de ella se esperaba:

—¡Eh! desempeñará el del Interior el día que se nos ponga en la cabeza.

Delestang quiso hablar; mas todos se habían pre-

cipitado, rodeándole con gran murmullo de entusiasmo. Entonces pareció declararse vencido. Poco á poco subióle á las mejillas un rosado color, y en su engallado semblante se retrató una gran alegría. Madama Correur y la señora de Bouchard, dijeron á media voz, que les parecía hermoso; la segunda sobre todo, con el pervertido gusto de las mujeres que se perecen por los hombres calvos, contemplaba con apasionamiento su desprovisto cráneo. El señor Kahn, el coronel y los demás señores, dirigían miradas, gestos y entrecortadas palabras, para dar á entender la gran importancia que daban á su indiscutible fuerza. Se achicaban ante el más estúpido de la partida y se admiraban en él. Aquel amo, por lo menos, sería dócil y no les comprometería; podían impunemente tomarlo por dios, sin miedo á sus rayos.

—Le molestan ustedes,—indicó la linda señora de Bouchard con su melódico acento.

¡Se le molestaba! Aquello fué una conmiseración general. En efecto, veíasele algo pálido y se le cerraban los ojos. ¡Figúrense ustedes! ¡cuando se trabaja desde las cinco de la mañana! Nada abruma tanto como los trabajos intelectuales. Y con cariñosa violencia, se le exigió que se fuese á acostar. Delestang obedeció docilmente y se retiró, después de haber depositado un beso en la casta frente de su consorte.

—¡Flaminio!—murmuró la condesa.

Quería también meterse entre sábanas. Y atravesó la habitación del brazo del doméstico, dirigiéndoles á todos un saludo con la mano. En el gabinete de tocado, oyóse á Flaminio renegar como un réprobo, porque la lámpara estaba apagada.

Era la una de la madrugada y hablaron de retirarse. Pero Clorinda aseguraba que no tenía sueño y que se podían quedar. No obstante, nadie volvió ya á sentarse. La lámpara del gabinete acababa también de dar las boqueadas, extendiéndose por la estancia un fuerte olor á aceite. Con gran trabajo pudieron encontrar un abanico, el bastón del coronel, el sombrero de la señora de Bouchard. Clorinda, con toda tranquilidad tendida, se opuso á que madama Correur llamase á Antonia; La doncellita se acostaba á las once. Ya se iban, en fin, cuando el coronel se percató de que se olvidaba de Augusto; aquel su fruto dormía á pierna suelta en el canapé del retrete, con la cabeza apoyada en una falda hecha un lío en forma de almohada; pusieronle de vuelta y media por no haber subido á tiempo la lámpara. En la obscuridad de la escalera en donde el gas, que habían bajado, agonizaba, la señora de Bouchard lanzó un ligero grito; se le había torcido un pie, según dijo. Y cuando toda aquella gente bajaba con sumo cuidado, apoyada en la barandilla, oyéronse grandes carcajadas en la habitación de Clorinda, en donde Pozzo se había retrado. Sin duda la joven le soplabá en el cuello.

Todos los jueves y domingos, las veladas se parecían unas á otras. Fuera de allí, corría el rumor de que la señora de Delestang tenía un salón político. Mostrábanse en él muy liberales, poniendo á los pies de los caballos la autoritaria administración del grande hombre. Toda la banda había pasado al ensueño de un imperio humanitario, extendiendo poco á poco y hasta lo infinito el círculo de las libertades públicas. El coronel, en sus ratos de ocio, redactaba unos luminosos estatutos para asociaciones

de obreros; el señor Béjuin hablaba de crear una ciudad, en torno á su cristalería de Saint-Florent; el señor Kahn, durante horas y horas, entretenía á Delestang, hablándole del democrático papel de los Bonaparte en la sociedad moderna. Y, á cada nueva disposición de Rougón, alzábanse indignadas protestas, patrióticos terrores de ver naufragar á Francia en manos de semejante hombre. Un día, Delestang sostuvo que el emperador era el único republicano de la época. La banda hacía como que adoptaba principios de secta religiosa portadora de todo bien. Ahora conspiraba ya desembozadamente para derrocar al gran hombre, para el mayor bien y gloria del país.

Sin embargo, Clorinda no se apresuraba. Hallábase tendida sobre todos los canapés de su habitación, distraída, y con los ojos fijos en los rincones del techo. Cuando los demás gritaban y pateaban de impaciencia á su alrededor, la expresión de su rostro era muda y entornaba lentamente los párpados, como para invitar á sus íntimos á que tuviesen mayor prudencia. Salía menos á la calle y se divertía vistiéndose de hombre con su doncella, con el objeto sin duda de matar el tiempo. Acometióle de repente una gran ternura por su marido, besábale delante de la gente, hablábale ceceando y demostrando á cada paso las más vivas inquietudes por su salud, que era excelente. Tal vez quería ocultar por tal modo el imperio absoluto, la vigilancia que á la continua ejercía sobre él. Guíábale en las acciones más insignificantes y le recitaba todas las mañanas la lección, como al colegial de quien se desconfía. Por lo demás, Delestang demostraba una obediencia absoluta; se reía, se incomodaba, decía

negro, decía blanco, según la cuerda de que ella le tiraba. Cuando no se veía suficientemente preparado iba de *motu proprio* á entregarse en sus manos para que ella le pusiese en su punto. Y así era como resultaba á todas luces superior.

Clorinda esperaba. El señor Béulin-d'Orchère, que evitaba acudir por la noche, la veía con frecuencia durante el día. Quejábase amargamente de su hermano político y le acusaba de trabajar para hacer la fortuna de un diluvio de personas extrañas; mas, esto era lo que sucedía siempre, se hacía mangas y capirotes de los parientes. Rougón era el único que podía quitar de la cabeza al emperador que le confiase los sellos, por temor de tener que hacerle partícipe de su influencia en el Consejo. La joven le aguijaba para mantenerle en su rencor. En seguida hablaba á medias palabras del inmediato triunfo de su marido, dándole la vaga esperanza de comprenderle en la nueva combinación ministerial. En suma, servíase de él para saber lo que acontecía en casa de Rougón. Por un refinamiento de maldad de mujer, de buen grado habría querido ver al grande hombre desgraciado en su matrimonio; así era que impulsaba al magistrado para hacer que su hermana se pusiese de su parte. Debió de intentarlo sin duda, lamentándose á voz en cuello de un enlace de que no sacaba ningún partido; mas debió seguramente de verse frustrado en sus aspiraciones, ante la placidez de la señora de Rougón. Su cuñado—decía,—se encontraba muy nervioso algún tiempo hacía, é insinuaba que le creía á punto de caer. Miraba fijamente á la joven, y le refería hechos característicos, en ese tono de hablador sin malicia que lleva y trae los chismes y cuentos de la sociedad. ¿Por

qué Clorinda no obraba á su antojo puesto que dueña era de poderlo hacer? Pero, dominada por la pereza, se tendía con más comodidad y se revestía del aspecto de persona encerrada en su casa por lo lluvioso del tiempo y resignada en la espera de un rayito de sol.

Entretanto, la influencia de Clorinda en las Tullerías iba tomando creces. Hablábale en voz queda del vivo capricho que por ella había concebido Su Majestad. En los bailes, en las recepciones oficiales, donde quiera que el emperador con ella se encontraba, giraba en torno de sus faldas con su tortuoso andar, atisbábale el cuello y le hablaba de cerca, con su sonrisa especial. Y, á lo que se murmuraba, ella, á la hora presente, nada había concedido aún, ni tan siquiera que le tocara la yema de los dedos. Ponía en práctica su antiguo papel de jovencita casadera, provocante en alto grado, libre, diciéndolo todo y mostrándolo todo, mas continuamente alerta y hurtándose precisamente en el instante apetecido. Parecía como si se propusiese dejar madurar la pasión del soberano, atisbar una circunstancia, disponer la hora en que nada le pudiese ya negar, á fin de asegurar el triunfo de algún plan mucho tiempo antes concebido.

En aquella época fué cuando repentinamente se mostró amabilísima con el señor de Plouguern. Hacía muchos meses que habían roto las amistades. El senador, asiduo siempre para con ella y que se hallaba presente cada día cuando se levantaba de la cama, llegó á enfurruscarse de súbito porque le plantaron á la puerta de su gabinete cuando hallábase haciendo su tocado. Poníase como una amapola, sobrecogida por caprichoso pudor, no queriendo ver-

se por más tiempo inquietada, comprimida—según decía—por los ojos grises del libidinoso viejo, en los que brillaba un extraño fulgor. Pero él protestaba y se negaba á presentarse, como todo el mundo, en las horas en que su habitación se llenaba de visitas. ¿No era su padre? ¿no la había hecho saltar sobre sus rodillas cuando era pequeñita? Y refería riendo maliciosamente las correcciones que se permitía administrarle en aquellos tiempos, levantándole las falditas. Y concluyó por romper con él un día en que, á pesar de los gritos y puñetazos de Antonia, había entrado mientras ella se encontraba en el baño. Cuando el señor Kahn ó el coronel Jobelin preguntaban por el señor de Plouguern, ella contestaba con semblante picaresco:

—Se rejuvenece, apenas cuenta veinte años. Ya no le veo.

Y luego, de repente, á nadie se encontraba en su casa sino al señor de Plouguern. A todas horas se le veía allí, en los rincones del cuarto tocador, en los parajes más íntimos de la habitación. Sabía en dónde la joven guardaba su ropa blanca y le alargaba una camisa ó un par de medias; hasta llegó á sorprendérsele en actitud de atarle el corsé. Clorinda demostraba el despotismo de joven recién casada.

—Padrino, ve á traerme la lima para las uñas, ya sabes, en el cajón... Padrino, dame la esponja...

Y la palabra padrino resultaba como una caricia. El, á la sazón, hablaba muy á menudo del conde Balbi, y precisaba detalles del nacimiento de Clorinda. Mentía como un bellaco; decía que había conocido á la madre de la joven al tercer mes de su embarazo. Y cuando la condesa, con su eterna risa en

la ajada faz, se encontraba allí, en el gabinete, en el momento de echarse de la cama Clorinda, él dirigía á la vieja dama miradas de inteligencia y atraía su atención, con picaresco guiñar de ojos, ya sobre un hombro desnudo, ya sobre una rodilla á medio tapar.

—¡Eh! ¿qué te parece, Leonora? todo tu vivo retrato.

La hija le recordaba á la madre. Su huesudo rostro echaba chispas. A menudo, extendía sus secas manos, cogía á Clorinda y se apretaba contra ella para contarle alguna porquería. Aquello le dejaba satisfecho. Era volteriano, negaba cuanto había que negar y combatía los últimos escrúpulos de la joven, diciendo con su risa de polea mal engrasada:

—Pero, tonta, si eso está permitido... Lo que gusta, permitido está.

Nunca se supo hasta dónde entre ellos llegaron las cosas. Clorinda necesitaba entonces al señor de Plouguern; reservábale un papel en el drama que estaba soñando. Por otra parte, sucedíale á veces comprar por tal modo amistades, de las cuales dejaba de servirse en seguida, si llegaba á mudar de plan. Constituía aquello, á su parecer, como un apretón de manos dado á la ligera y sin maldito el provecho. Poseía Clorinda aquel olímpico desdén de sus favores que ahuyentaba de ella la honradez común y la llevaba á colocar sus arrogancias en otra parte.

Sin embargo, su espera en el asunto Rougón se prolongaba más de la cuenta. Hablaba á medias palabras con el señor de Plouguern, de cierto acontecimiento vago, indeterminado, demasiado lento en llegarse á producir. El senador parecía andar en bus-

ca de combinaciones, con la atención absorta del jugador de ajedrez, movía á un lado y á otro la cabeza y sin duda no daba con cosa alguna. En cuanto á ella, los contados días en que Rougón iba todavía á verla, decíale que se sentía cansada y hablaba de ir á pasar tres meses en Italia. Después, con los párpados á medio entornar, se ponía á examinarle con escrutadora mirada. Una sonrisa de refinada crueldad aparecía en sus labios. Podría haber intentado ya estrangularle con sus afilados dedos, pero quería estrangularle de un solo golpe; la gran paciencia que empleaba en verse crecer las uñas, se trocaba para ella en verdadero goce. Rougón, preocupadísimo siempre, le daba distraídos apretones de manos, sin fijarse en la nerviosa fiebre de su piel. Crefala ya en su más sano juicio y la felicitaba porque obedecía á su marido.

—He aquí que ya se encuentra usted en la situación en que yo la quería. Tiene usted razón que le sobra cuando dice que las mujeres deben permanecer tranquilas en sus casas.

Y Clorinda exclamaba, con aguda risa, cuando Rougón no se encontraba ya allí:

—¡Cuidado que es animal!... ¿Pues no cree todavía que las mujeres son unas estúpidas?

Por último, un domingo por la noche, allá á las diez, en el instante en que toda la banda estaba reunida en la habitación de Clorinda, el señor de Plouguern entró con aire de triunfo.

—Y bien—preguntó fingiendo gran indignación, —¿no tienen ustedes noticia de la nueva hazaña de Rougón? Esta vez, la medida queda colmada.

Todos se apresuraron á ponerse á su alrededor. Nadie sabía una palabra.

—¡Qué atrocidad!—repuso alzando los brazos al cielo.—No se comprende que un ministro descienda á tan bajo nivel...

Y refirió de un tirón la aventura. Los Charbonnel, al llegar á Faverolles para tomar posesión de la herencia del primo Chevassu, habían movido gran escándalo por la pretendida desaparición de una cantidad considerable de objetos de plata. Los Charbonnel acusaban á la criada encargada de la guarda de la casa, mujer sumamente devota; al recibirse la noticia del fallo emitido por el Consejo de Estado, aquella desgraciada debía de haberse entendido con las hermanas de la Sagrada Familia, y haber transportado al convento todos los objetos de valor fáciles de ocultar. Tres días después, ya no volvieron á hablar de la criada; eran las mismas hermanas las que habían desvalijado su casa. Esto produjo en la ciudad un escándalo espantoso. Pero el comisario de policía negábase á allanar el convento para hacer un registro, cuando, merced á una sencilla carta de los Charbonnel, Rougón había telegrafiado al prefecto para que dictase las órdenes consiguientes á fin de que, sin perder momento, se realizase una visita domiciliaria.

—Sí, una visita domiciliaria, así reza el despacho en todas sus letras—dijo el señor de Plouguern para terminar.—Vióse entonces al comisario y á dos gendarmes volver lo de arriba abajo en todo el convento. Allí permanecieron nada menos que cinco horas. Los gendarmes quisieron registrarlo todo... Figúrense ustedes que hasta metieron las narices en los jergones de las hermanas...

—¡En los jergones de las hermanas!... ¡Oh! ¡eso

es indigno!—exclamó la señora de Bouchard escandalizada.

—Es preciso no tener ni pizca de religión,—afirmó el coronel.

—¿Qué quiere usted?—suspiró á su vez madama Correur.—Rougón ha sido siempre un descreído. Muchas veces traté de reconciliarle con Dios, pero ¡á buena parte iba!

Los señores Bouchard y Béjuin movían la cabeza desesperados, como si acabase de llegar á sus oídos alguna catástrofe social que les llevase á dudar de la razón humana. El Sr. Kahn preguntó, restregándose con fuerza la sotabarba:

—Y, por supuesto, nada se encontraría en el convento.

—¡Absolutamente nada!—contestó el Sr. de Plouguern.

Mas, luego agregó precipitadamente:

—¡Nada! Una cacerola de plata, á lo que creo, dos vasos, unas vinagreras, verdaderas baratijas, regalos que el digno difunto anciano, en extremo piadoso, había hecho á las hermanas para recompensarlas de lo bien que se portaron mientras duró su larga enfermedad.

—Sí, sí, es evidente,—murmuraron los otros.

El senador no insistió más. Y continuó muy despacio, acentuando cada frase con una palmadita:

—El busilis está en otra parte. Trátase del respeto que se debe á una casa de Dios, á una de esas santas casas, á donde se han refugiado todas las virtudes arrojadas de nuestra sociedad impía. ¿Cómo se quiere que las masas sean religiosas, si los ataques contra la religión parten de tan arriba? Rougón ha cometido un verdadero sacrilegio de que habrá de

dar cuenta... ¡Vaya si la dará! La buena sociedad de Faverolles se muestra indignadísima. Monseñor Rochard, el eminente prelado, que siempre ha dado muestras á las hermanitas de un cariño particular, ha partido inmediatamente para París, á donde viene en demanda de pronta justicia. Aparte de esto, en el Senado los padres de la patria mostrábanse hoy irritadísimos y se hablaba de suscitar un incidente basándose en los escasos detalles que yo he podido proporcionar. Por último, hasta la misma emperatriz...

Todos alargaron el cuello.

Sí, la emperatriz ha sabido tan deplorable historia por la señora de Llorentz, quien la obtuvo de nuestro amigo La Rouquette, á quien yo se la había contado. Su Majestad exclamó: «El señor Rougón no es ya digno de hablar en nombre de Francia».

—¡Muy bien!—dijeron todos.

Aquel jueves, hasta la una de la madrugada, no hubo otro asunto de conversación. Clorinda no había dicho esta boca es mía. Al oír las primeras palabras del señor de Plouguern, había se recostado en su confidente, un tanto pálida y pellizcándose los labios. Después se santiguó tres veces seguidas, rápidamente y sin que se la viese, como si diese al cielo gracias por haberle concedido una gracia desde hacía tanto tiempo pedida. Al escuchar la relación de la visita domiciliaria, sus manos al punto se agitaron con ademanes de devota furiosa. Poco á poco había ido poniéndose muy colorada. Con los ojos fijos en el techo, había se sumido en profunda abstracción.

Entonces, mientras que los demás discutían,

señor de Plouguern se acercó á ella y le deslizó una mano por el ribete del corpiño, para pellizcarle familiarmente el seno. Y, con su escéptico tono de mofa, con la libertad del gran señor que se ha revolcado en todas las clases de la sociedad, susurró al oído de la joven:

—Ha puesto sus manos en el Dios de bondad; ¡ya se ha!...

XIV

Rougón, por espacio de ocho días, oyó alzarse en contra suya incesante clamoreo. Habíasele perdonado todo, sus abusos de poder, los insaciables apetitos de su banda, la estrangulación del país; pero el haber enviado á los gendarmes á revolver los jergones de las monjas, constituía un crimen tan monstruoso, que las damas, en la corte, se descolgaban con un temblorcito á su paso. Monseñor Rochart promovía, á los cuatro vientos del mundo oficial, un alboroto mayúsculo. Había ido hasta á presentarse á la emperatriz, según se decía. Por otra parte, el escándalo debía de ser mantenido por un puñado de personas hábiles; circulaban contraseñas; iguales rumores se alzaban por todas partes á la vez, con armonía singular. En medio de tan furiosos ataques, Rougón permaneció en un principio tranquilo y sonriente. Encogía sus robustos hombros y llamaba á la aventura «una estupidez». Y hasta echaba la cosa á broma. En una velada del guarda sellos se dejó decir: «No he dicho, sin embargo, que se encontró un cura dentro de un jergón». Y, habiendo corrido la especie, el ultraje y la impiedad llegaron á su colmo y tuvo lugar una nueva explosión de cólera. Entonces, él, poco á poco, se fué apasionando. ¡Se conseguía, al fin y á la